

del beneficio del papel; pero desde que el cambio ha descendido se dificulta más y más la exportación.

Sería una verdadera felicidad anmentar la exportación en la medida de que es susceptible, siquiera por el anmento de trabajo en la vasta región agrícola de la cuenca del Segura, en la que parecen en la miseria multitud de familias de agricultores.

Los cereales, que eran el último recurso del agricultor, ya no valen ni los gastos de producción. La propiedad vá descendiendo de valor y los colonos, si no se conjura el conflicto, no podrán pagar el importe de los arrendamientos, y claro es que tanto malestar y desequilibrio van creando una angustiosa situación, de la que solo tienen idea aquellos que de cerca la examinan.

Lo sensible es que las corporaciones oficiales del país no se hagan eco, con la energía y perseverancia que el caso requiere, de un estado social tan grave, que entraña verdaderos peligros para el porvenir.

La provincia de Murcia es eminentemente agrícola; ¿qué vá á ocurrir el día en que los agricultores se persuadan de que no hay esperanza ni salvación para ellos? ¿Qué sería entonces de los 350.000 habitantes, que solo viven del trabajo de las tierras y de los propietarios que en ellas tienen sus rentas?

Y, como decimos al comienzo de este pequeño estudio, no nos anima el deseo de combatir por sistema á las Empresas de los ferro-carriles; creemos que el Gobierno debe establecer con ellas un convenio que favorezca la exportación agrícola en forma tan adecuada y racional, que no se lesionen intereses legítimos de nadie, sino que se armonizen debidamente para el desarrollo y crecimiento de la riqueza nacional.

